taron, dejé pasar la ola de la pasión y del encono, aguardando que llegara la acalmia que sigue á la tempestad para hacer escuchar en ella la verdad indiscutible, confirmada con documentos oficiales, olvidados ó no conocidos hoy.

Esa hora ha llegado ya, y la aprovecho para hacer la recordación histórica de las relaciones diplomáticas entre la República norte-americana y el imperio francés, que dieron por resultado la violenta salida de México del ejército de Napoleón III y que concluyera la intervención que levantó y sostenía el trono de Maximiliano.

Este pequeño opúsculo debo dedicarlo á Ud. porque en él se verá con cuanta injusticia se combatió el homenaje tributado á la diplomacia de los Estados Unidos que, al reivindicar el principio de Monroe, tomaron á la vez un tremendo desquite contra el Emperador de Francia que osó apoyar á los separatistas del Sur, retando imprudente á la República del Norte.

Pero Ud., Señor, no nescesita vindicación alguna, porque nadie puede poner en tela de juicio su intachable patriotismo. Ud. que ha consagrado su vida entera al servicio de la Patria, siempre leal á los principios republicanos: Ud. que con su gran inteligencia, su probidad y su abnegación tanto ha hecho por México en los años de prueba, solo merece nuestro afecto y nuestro respeto, porque su nombre está inscrito ya entre los de los patricios que de antiguo vinieron luchando contra la tiranía, y en pro de la Libertad, de la Reforma y de la Independencia.

Reciba Ud., pues, este pequeño tributo de cariño de su viejo amigo y admirador.

Hilarión Frias y Soto.

MEXICO,

LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE Y FRANCIA.

Nada se olvida tanto como la historia contemporanea: nosotros que hemos presenciado las tres grandes luchas que México sostuvo, en la segunda mitad del Siglo que agoniza, para fundar definitivamente el régimen democrático en su gobierno, plantear la Reforma, sin la cual la República no es viable, y salvar su independencia, amenazada por la invasión y por un gobierno extrangero, nos sorprendemos al ver que la nueva generación ignora hasta los detalles más culminantes de aquellas sangrientas evoluciones, cuyos principales actores van desapareciendo ya heridos por la muerte, pero dejando una estela de gloria en los anales de la patria.

Y nuestra sorpresa es mayor cuando, con una audacia suprema, resurgen personalidades entonces desconocidas, pero que se atribuyen mentidos he-

chos heróicos, rápsodas que narran sucesos no acaecidos, y hasta objetos históricos falsificados, que se ofrecen como pertenecientes que fueran á algunos de los personajes del drama nacional que tuvo su desenlace en el Cerro de las Campanas.

Este prolongadísimo eclipse histórico ha autorizado á muchos escritores, periodistas sobre todo, para hacer malas apreciaciones sobre algunos de los factores que determinaron el fin de la intervención francesa en México y el sangriento desastre que derrocó al Hapsburgo coronado por las tropas de Napoleón III.

Demostración del aserto anterior es la gárrula grita con que, hace algunos meses, se negó en la prensa oposicionista la enérgica presión que ejercieron el pueblo americano y su gobierno sobre el emperador de los franceses, hasta obligarlo á retirar sus tropas de México, cuya retirada fué una de las causas determinantes de la rápida caida del imperio y del triunfo de la República.

Motivo de esta tempestad fué el brindis pronunciado por el honorable y patriota Señor Mariscal en Chicago, brindis adulterado por un estenógrafo americano, y con torpeza así publicado por un diario semioficial.

Yo no voy á ocuparme del apasionado debate que provocó ese brindis, después de que nuestro digno representante en los Estados Unidos publicó el texto genuino de su alocución, demostrando el inmaculado funcionario que jamás premeditó negar la inmarcesible gloria del pueblo mexicano, que

propugnó con inmortales alientos por defender su suelo y su nacionalidad.

Sintetizando el pensamiento del Señor Mariscal, puede reducirse á esta sencillísima fórmula:—"Los Estados Unidos, al exigir la retirada del ejér-"cito francés, apresuraron el término de la inter-"vención, coadyuvando poderosamente á los esfuer-"zos que hacian los mexicanos para recobrar su in-"dependencia."

Dijo también el Señor Mariscal que si hubiera continuado el apoyo de la Francia imperial al archiduque, pudo la República haber sufrido una crisis tan larga como letal.

Y esta apreciación indiscutible, porque el futuro contingente en buena lógica no sufre discusión, engendró la censura mas violenta y apasionada, que partia de dos bandos contrarios, del oposicionista liberal extraviado en su patriotismo por su ignorancia completa de los hechos, y el clerical, que no obstante haber sido amnistiado por la República conserva su odio contra ésta, y como sectario católico guarda eterno rencor contra la República protestante del Norte.

Yo, que condeno como inútil toda discusión sobre la posibilidad de que se consumara ó no un hecho probable, no resucitaré el viejo debate.

No pretendo más que recordar los principales sucesos de la intervencion, desde que esta chocó contra los intereses americanos. Y para dar á mi narración el invulnerable sello de la verdad, repro-

duciré piezas diplomáticas auténticas, publicadas entonces, pero enteramente olvidadas hoy.

Este mi pequeño trabajo tiende, pues, á dejar consignados los siguientes hechos:

I. Que á raíz del establecimiento del imperio de Maximiliano, los Estados Unidos lo desconocieron y protestaron contra la presencia del ejército francés en México.

II. Que la actitud del gabinete de la Casa Blanca fué el factor primero y principal del fin de la intervención francesa.

III. Que México ni solicitó ni necesitó la ayuda de los Estados Unidos para mantener, implacable, la guerra de la independencia y

IV. Que si la República no logró vencer la intervención, esto no mengua la gloria que alcanzó combatiendo infatigable contra los franceses, y cuando éstos se retiraron, derribando además al imperio.

I.

Tres sucesos importantísimos se realizaron en Europa por la imprevisión política de Napoleón III, la unidad italiana, la alemana, y la empresa de México, dirigidos por el gobierno imperial que brotó del golpe de Estado del 2 de Diciembre, revesti-

do del absolutismo más arbitrario que pudo imponerse á la Francia moderna.

Napoleón, al derrotar á la Austria en Magenta y Solferino, para retroceder tímidamente en la paz de Villafranca, no previó que dejaba preparado el fin del poder temporal del Papa. Y al ayudar los trabajos con que Bismark urdia la hegemonia de Prusia en Alemania, jamás creyó que tras la derrota de Sadowa vendría la invasión de Francia y la vergonzosa rendición de Sedan.

Sin embargo, estas dos empresas del gobierno personal de Napoleón pequeñísima resistencia encontraron en Francia, y aun hubo espíritus fascinados que las aplaudieron, sin comprender que, al debilitar á la Austria y al desmembrarse la monarquía danesa, vendria para el imperio napoleónico un peligro de muerte con la unidad alemana presidida por los Hohenzollen.

La empresa mexicana, por el contrario, encontró desde su principio una ruda oposición, y sólo pudo realizarse porque lo ordenó con toda su omnipotencia el autócrata francés, cuando nadie podia estorbarla.

¿Cuáles fueron los móviles de la intervención francesa en México?

Un notabilísimo escritor francés, al ocuparse de la aventura napoleónica en México, *no dá sino una importancia muy secundaria á ciertos motivos, muy poco honrosos* que, según se dijo, no fueron del todo extraños á la empresa de intervención, y los